

Sobre VERDAD y RESPONSABILIDAD

EL HOMBRE ESTABA ERGUIDO DELANTE DE la autoridad, vapuleado pero erguido. El Hombre era Jesús. “Y ¿qué es la verdad?”, preguntó el interrogador Poncio Pilatos... No hubo respuesta, si nos atenemos a la narración evangélica. Pero en realidad el procurador romano no “vio” la respuesta que tenía ante sí. Jesús era la respuesta; más aún, en El se cumplía la totalidad del apotegma: *el medio es el mensaje*.

Más de una vez y de distintos modos, podemos vernos repitiendo la pregunta de Pilatos. Tener la certeza de que Jesucristo es *la Verdad* no nos libra de desconocer ciertas verdades, de no descubrirlas o no “verlas” en su momento, cuando apelamos a las “seguridades” personales.

La fe nos proporciona *la respuesta* -Jesucristo-, pero no todas *las respuestas* que necesitamos en este mundo. La vida es algo más compleja. Por eso buscan su verdad los filósofos o los científicos, los artistas o hasta los jefes de familia. Necesitamos ciertas verdades para convencer a otros de lo que, creemos, son nuestras seguridades, al tiempo que necesitamos convencernos a nosotros mismos de no estar equivocados. Aún el replanteo y cuestionamiento de la fe personal se convierte en necesidad permanente cuando percibimos, si asumimos ser auténticos, que no somos tan consecuentes como creíamos.

Los cristianos debemos hacer paradas y revisiones cada cierto tiempo -retiros espirituales, convivencias, momentos de oración personal- para comprobar cuánto nos hemos apartado de *la Verdad*. Es así como se puede entender cabalmente lo que experimentaba san Agustín con su afirmación: “Señor, nos creaste para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti.”

Esto fue lo que sucedió, en forma de convivencia fraterna, el pasado mes de noviembre, cuando un grupo de comunicadores católicos nos reunimos en Camagüey para reflexionar sobre la verdad y su incidencia en nuestro trabajo. De cierto modo asumíamos la pregunta de Pilatos: ¿qué es la verdad en nuestro trabajo? y ¿qué porción ocupa en ese trabajo nuestra verdad, si la misión es ser comunicadores de *la Verdad-Jesucristo*?

Para realizar este trabajo en Cuba hoy -me refiero a las publicaciones, ya sean revistas diocesanas o boletines parroquiales-, es importante, en primer lugar, recordar que nuestras publicaciones son eclesiales, esto es, al servicio de la Iglesia y sostenidas por la Iglesia (locales pero en comunión con la Iglesia Universal). De aquí se desprende que la misión del comunicador católico es la misión misma -única- de la Iglesia: evangelizar.

En segundo lugar, se debe considerar que evangelizar -anunciar el Evangelio- no significa abstraerse de las realidades temporales, de la vida misma de los hombres que conforman una comunidad. Evangelizar es también iluminar desde la fe esas experiencias humanas, todas, para hacer fructificar en ellas el mensaje de Jesucristo. Por ello las publicaciones católicas aportan no sólo las verdades de la Iglesia con la intención de contribuir en la formación de los lectores, sino incluyen también información y reflexiones de interés humano, sea sobre la política, las ciencias sociales, la economía, las relaciones entre los pueblos, la cultura o el deporte, entre otros.

Una tercera consideración, inexcusable, nos pone ante la realidad social del País, donde la Iglesia desarrolla su misión, donde hacemos este trabajo y donde residen nuestros destinatarios. La misión eclesial puja por abrirse paso en una sociedad que, por el modelo político imperante -único e inspirado en una propuesta que no logra armonizar la justicia social con las libertades humanas-, no se aviene con el mensaje cristiano.

En efecto, el marxismo científico, o el marxismo-leninismo si se prefiere, no tiene casi nada en común con el cristianismo, toda vez que niega la misma religión por definición de principios y hará lo posible por, al menos, limitarla; del mismo modo que la concepción marxista del hombre niega y limita la potencial expansión de la capacidad del hombre -libre por la gracia de Dios- para crear, actuar, pensar o expresarse, mediante el sostenimiento de estructuras sociales que suprimen la pluralidad para garantizar la uniformidad en materia económica, social y política.

Una cuarta consideración sería atender las propias limitaciones personales-profesionales y los escasos

recursos para realizar este trabajo. Son pocos los periodistas que trabajan en estas publicaciones católicas, simplemente porque esta profesión ha sido -¿lo seguirá siendo?- un coto vedado a los que profesan una fe religiosa. Ser autodidactas ha sido un gesto hermoso y valiente de compromiso eclesial y social. Pero es también un riesgo, porque no bastaría aquí conocer con exactitud *la Verdad* de Cristo sino sabemos *cómo* comunicarla con profesionalidad. Esto no es poca cosa. Habitualmente decimos que Jesucristo es el comunicador por excelencia, y no nos falta razón, pero Él siempre tuvo en cuenta lo que podríamos llamar ciertas técnicas y principios éticos de la comunicación: las parábolas comprensibles; el aprovechamiento de los montes como barreras capaces de rebotar su voz sobre las gentes sentadas frente a Él, o del viento que venía del lago para hacer que su voz llegara más lejos; el silencio oportuno; el diálogo reflexivo en lugar de la imposición y, siempre, la cercanía, no el alarido condenatorio sin alternativas.

A la necesidad de profesionalizar el trabajo, podríamos añadir la amplia periodicidad de nuestras publicaciones, lo cual hace casi imposible la inmediatez noticiosa. Son escasos los reportajes y las crónicas y, por el mismo hecho, abundan los artículos de opinión. Pero el artículo es la joya de la publicación, lo que demanda el rigor necesario, porque el articulista es, para bien o para mal, líder y generador de opinión.

La Iglesia en Cuba ha sabido multiplicar los talentos y ponerse a tono con los tiempos actuales -dentro de las conocidas limitaciones-, en que los medios de comunicación tienen un papel cada vez mayor en las relaciones sociales. La existencia de estas publicaciones católicas refleja no sólo el compromiso evangelizador de numerosos laicos, fundamentalmente, así como de sacerdotes, religiosos, religiosas y de los mismos Obispos que impulsan y promueven este trabajo; a través de ellas se ha manifestado el talento de muchos católicos -y no católicos-, quienes han tenido la oportunidad de descubrir ciertas habilidades ocultas.

Si somos conscientes de las consideraciones mencionadas: publicaciones eclesiales; misión comprometida; entorno político hostil a la fe religiosa y a toda opinión o propuesta contraria a esa realidad y su estructura; y limitaciones profesionales del trabajo del comunicador católico, ¿cómo saber que nuestro trabajo es el apropiado? y, si no lo es ¿cómo hacerlo apropiado? Una respuesta, impostergable, se dio con el Encuentro Nacional en Camagüey para hablar sobre la verdad y debatir sobre ella y nuestro trabajo.

“La comunión y el progreso en la convivencia humana son los fines principales de la comunicación social y de sus instrumentos: la prensa, el cine, la radio y la televisión.” Con estas palabras comienza *Communio et progressio*, la Instrucción Pastoral preparada por el

Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales de la Santa Sede, publicada en Roma en mayo de 1971. La definición es clarísima y total.

Aunque sea algo común en nuestros días, y lo veamos con frecuencia, los medios de comunicación no deben ser usados para mentir, ofender, manipular, ultrajar, dividir, desinformar. Tales prácticas son la negación del periodismo, o el mercenarismo del oficio.

Sin pontificar y revestirnos de pureza, porque somos tan humanos como cualquiera, los comunicadores católicos cubanos no solemos ser presas de tales errores. Pero podemos cometer otros, y de esto se habló en Camagüey. ¿Necesitamos algunos referentes éticos en nuestro trabajo? Ciertamente los Diez Mandamientos, y el mandamiento específico del amor al prójimo, amor que debe ser igual al que sentimos por nosotros mismos, ofrecen un código moral, un referente ético de principios que nos ayudan en nuestra vida diaria y en el ejercicio de este esfuerzo de la comunicación. Y amar al prójimo, en nuestro caso, significa también amar a aquellos que piensan de manera distinta a la nuestra, especialmente esos que durante años nos descalificaron y aún hoy, desde las distintas posiciones de poder, limitan la misión eclesial porque no comprenden que *no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído* (cf. He 4,20). A ellos debemos dirigir también una palabra cercana, si queremos procurar la comunión y el progreso en nuestra convivencia. Menudo reto, y de eso se trata.

Pero, por otro lado, la realidad social nos obliga a considerar algo más que esos principios éticos de la fe que profesamos. Conocer *la Verdad de Jesucristo*, y saber que esa verdad nos hace libres para, entre otras cosas, ejercer este servicio de la comunicación desde la Iglesia, no puede alejarnos del referente ético de la responsabilidad, y ésta es personal.

Alguien planteó la pregunta durante el encuentro de Camagüey: lo que comunicamos, ¿es lo que la gente quiere leer o lo que necesita leer?, ¿es lo que queremos decir o lo que, como comunicadores al servicio de la Iglesia, debemos decir? La respuesta es personal, y demanda una comunicación intrapersonal, previa a la comunicación tanto interpersonal como social.

En esta comprensión del deber antes que el desear, se halla la clave para actuar con responsabilidad y auténtica libertad de comunicadores: apreciar a la sociedad y las personas con honestidad para ver sus virtudes y limitaciones, carencias y necesidades, verdades y falsedades, angustias y esperanzas. Sólo así podemos ofrecer *la Verdad* de nuestra fe sin complejos ni altanerías, aspavientos o alteraciones.

Y esa *Verdad*, que se propone y no se impone, de la que somos transmisores y no propietarios, podrá ser nuevamente despreciada, perseguida o vapuleada, pero permanecerá erguida ante aquellos que, como Pilatos, quizás, la busquen y no la vean. Ω